



ANTIGUA PUERTA DEL CEMENTERIO DE SANTO DOMINGO EN SANTIAGO.

GALICIA MONUMENTAL.

PÓRTICO ANTIGUO DE LA CALLE DE DONAVAL (SANTIAGO).

Al vacilante resplandor de una hoguera se distinguían tres hombres de aspecto lúgubre y misterioso, cuyas miradas se encendían con el reflejo de las ascuas, como los ojos de la lechuza se iluminan sobre el vaso de una lámpara. Las estrellas se multiplicaban en el cielo, esmaltando esa atmósfera de purísimo azul, tan suave á la mirada como mortífera á la respiración. Era la media noche.

Entre tanto la apartada hoguera dibujaba en el pavimento de un pórtico las sombras de los tres hombres con las proporciones de gigantes acostados á la vera de los tizones. Este pórtico era el lindero entre la vida y la muerte; separaba la ciudad de los vivos de la ciudad de los muertos: era la puerta del cementerio de Santo Domingo. Esta velada fatídica y pavorosa anunciaba la familiaridad de oficio con la muerte. Los tres hombres que conjuraban el frío del invierno alrededor de la hoguera, vivían del cementerio, como el escritor vive de sus obras y el artista de sus creaciones. La luz descubría semblantes macilentos sin las arrugas del pesar, y miradas abatidas sin las tribulaciones del dolor. Para ser cadáveres, solo les faltaba que el alma rompiese sus postrimeras ligaduras con el cuerpo. Un anciano encorvado por los movimientos del azadón, que durante treinta años había desgastado su hierro entre huesos humanos, extendía sus manos trémulas y descarnadas sobre las llamas de la hoguera: inmóvil, silencioso y resignado, se encontraba tan lejos del mundo, que parecía reconocer, á guisa de filósofo, lo cerca

que se encontraba de la hoya común.—Era el enterrador. Un staud vacío colocado á sus espaldas lo reclamaba á primera vista. Al lado del anciano, dos jóvenes prematuramente viejos, de cabellos grises y carrillos hundidos, se cambiaban algunas palabras pronunciadas á media voz; sus fuerzas desfallecidas se reanimaban con el descanso; y volvían los ojos al cementerio, como el albañil observa los andamios donde trabajará á la mañana siguiente. Eran los obreros del campo santo que citaban los sepulcros por sus guarismos, y los muertos por las hiladas de sillería.

Los tres hombres guardaban un sepulcral silencio, como si procurasen asemejarse á los difuntos, el cual era interrumpido por las chispeantes llamaradas de la madera humedecida. En esta noche se quemaban los despojos del cementerio; era la segunda muerte de los enterrados. Sus sepulcros de madera, deshechos por la lluvia y desclavados por el viento, eran entregados á las llamas. Las alegorías ensayadas por el artista en las paredes de su alcoba, y los epitafios escritos en borrador por el poeta en el sobre de un billete de amor, desaparecían entre el humo de la hoguera. El enterrador había precipitado los cadáveres en la hoya: mas tarde entregaba al fuego su historia, mejor conservada por las familias en los aniversarios que por los maderos pintados de negro en los cementerios.

El anciano se levanta trabajosamente apoyando sus trémulas manos en el pavimento del pórtico, y dilata sus nubladas pupilas hacia el ataud vacío. Cualquiera diría que había presentado su proximidad: era para él una ventana entabiada que caía á la otra vida.

—Descansa y holgaremos,—murmura, como persona que aleja de sí un pensamiento sombrío.

—A fé que es más fácil llenar una tumba del hospital—esposa uno de sus ayudantes—que visitar una tumba del cementerio.

—Lo puto debía esperar por nosotros a casa—interrumpió el tercero.

—Suprimid entonces nuestro trabajo, ó lo que es lo mismo, suprimid la muerte. Y el pronunciador del enterrador estas palabras, fose involuntariamente con la contracción nerviosa que le imaginación engendra en el cuerpo durante el declive de una ancianidad amenazada de muerte.

—Os quejais de vicio. Uno solo de vosotros puede enterrar veintidós cadáveres en un día. Todos son jóvenes y delicados: poco se le da que hacer al cementerio. Ya vienen cadáveres desde sus gabinetes: ya son cadáveres antes de su última enfermedad. En otros tiempos no vendrían como ahora las pobladas cabelleras de las jóvenes muertas en dor... el pelo blanco no sirve para nada. Cuando se enterraba un manco, los ciegos no me dejaban trabajar en veintidós horas. Todo el cementerio se renovaba... era un segundo día de trabajo.

—Bah! Estoy entonces por lo presente.

—En nuestros días un cadáver que entra en el campo santo es una moneda que se cambia...

—Con bastante quebranto. El oficio decía. Antaño... oh!... un cadáver de entonces valía más que un enterrado de ahora. Aquello si que era llevar cruces de plata, relicarios de concha y anillos de oro. Alguno traía consigo las hebillas de los basamanos y el reloj de tres cajas de los días de Pascua. Aun recuerdo que he reunido en un año una docena de camisas de batista recogidas á los muertos, las que sirvieron de regalo de boda á mi primera mujer... Desde entonces todo es miseria, miseria. Gasta en la vida... hasta el cuerpo... A pesar de que no se cree en apariciones y sortilegios, se visita menos que antes el cementerio. Vosotros sois jóvenes y no recordais los aguinaldos de os vivos y las larguezas de los muertos... sí... hasta las larguezas de los muertos, porque los cadáveres eran unos excelentes huéspedes... nos dejaban todo lo que traían. ¿Qué me importan los garabatos de los pintores que emborronan las paredes, y las coronas de miel y slempreviva que ensucian los andenes del cementerio? Vanidad, vanidad mundana! Aquello era verdadero dolor: las puertas del camposanto estaban entreabiertas para las personas entuñadas, á quienes saludábamos á la entrada y quienes nos recompensaban á la salida. Se llevaba mucho, mucho, sobre las espultras... Ahóra se leen coplas y romances como sucede en los jubileos... Ser á la sazón enterrador valía la pena de llenar hoyas y variar sepulcros. No arrancaha la yerba de las junturas de las losas—eso menos tenía que hacer. A decir verdad, pareceme que los muertos han dado en visitar á los vivos, porque observar que los vivos no se dan mucha prisa en saludar á los muertos...

—Habrán buscado alguna bóveda subterránea que pase del cementerio á la ciudad.

—El cementerio no tiene puertas para esta vida.

—Lo cierto es que hace veinte ó treinta años no encenderíamos una hoguera, esperando un refuscador de huesos humanos para explicar lo que ya no recogemos en el cementerio... para explicar la vida. Daria al diablo sus maravillas; y aunque fuese un fraile de Santo Domingo en busca del cadáver del *ome-santo*, le volveria las espaldas á riesgo de pasar por irreverente y mal cristiano.

—Y á propósito del *ome-santo*, yo no daría una blanca por cargar á los quinientos años con los huesos de un herrador.

—Esta cadáver valía lo que pesaba... haria nuestra fortuna. Estaba en olor de santidad. Perdóneme Dios y el alcalde de Santiago, pero debían haberlo enterrado cerca de la iglesia colocada á su memoria en este pórtico... Observad bien esos garabatos, que así parecen lotras como números... aquí han venido doctores y canónigos á leerla, y si mal no recuerdo, han dicho que el herrador se llamaba Juan Tuorum.

—De manera que sabreis su historia...

—No por la inscripción, sino por un legajo de papeles que he encontrado en medio del breviario de un anciano sacerdote que ha fallecido... un año después de mi segunda mujer y tres meses antes de mi único hijo. También le ha citado el padre lector de Santo Domingo en uno de los sermones de la Cuaresma como un bienaventurado en olor de santidad. Aun recuerdo sus palabras: *habeat in fragantia ammonitione*.

—En cambio era conocido en vida por el Diablo.

—Así es: por el diablo de la Puerta del Camino.

—Loudo sea Dios... ya desearia volver á sentaros... por este lado... aquí tenéis las almohadas de la caja mortuoria del hospital... es... renovad esos titulos... suprimámoslos en nuestras caplas y... silencio. Deseo saber la historia del *ome-santo*. Pláceme este sobrenombre: el *ome-santo* de muerte, y el diablo en vida; á fé que notaría conoerto, que si le ignora de vivo, no se la paterá de muerto.

—Por el año de...

—No sé cuántos...

—Fórmula de proceso.

—No me interrumpais. Por el año... sí... de 1550, tráfite y sea ántes antes de la venganza de los *churruchasos*, se habían levantado los vecinos de Santiago contra el arzobispo Francisco Berenguel de Landa, entre los que se contaba el esforzado herrador de la Puerta del Camino. En la margen del manuscrito se leía la siguiente advertencia escrita adrede de una manera embrollada, temblorosa:—«Se dijo que habia sido instigado por un caballero que entendia mas de amores hacia una hija suya que de revueltas en contra del prelado.»—Recuerdo bien que añadia—esta noticia carece de autoridad. Sea de esto verdad lo que se quiera, lo cierto del caso ha sido que á los dos años de refugiarse en Pontevedra Fr. Berenguel de Landa, volvió á Santiago como señor de hácula y balasta. Las prisiones se multiplican y la cárcel del Consejo se ve más llena que capilla de cementerio en día de difuntos. El herrador de la Puerta del Camino, que si era conocido por el Diablo de morallas afuera, pasaba por un buen cristiano y cristiano viejo de almenas adentro, es acusado de la muerte violenta de un familiar del arzobispo; y á pesar de que el delator no comparece al emplazamiento de Juan Tuorum, se le condena á ser ahorcado en el monte-horiz.

—Mal haya quien inventó la horca, y la cárca, el frio, y la falta de pan.

—No blasfeméis, y os vendria mejor renovar la lumbre, que condenar vuestra miseria. Dios no ha podido olvidarse mejor de los hombres que de los pájaros, y los pájaros apenas comen el hambre, Volad, es es decir, trabajad, y comereis...

—No interrumpais la historia del herrador.

—Habiamos dejado á Juan Tuorum en la cárcel...

—No, en la horca.

—Os equivocais: en la horca no puede ser por cuanto no llegó á su escalera...

—Eso ya trasciende á cuento...

—Negad entonces la calle en que vivís, el crucero donde vuestro padre se santiguaba todas las mañanas, y lo que es superior á la tradición y al monumento, negad la omnipotencia divina.

—Oh! *Credo in deum patrem omnipotentem*.

—Pues bien, el sobrenombre de la calle de *Bonaval* es la corrupción dirigida por el herrador á la virgen de Belen, y el crucero que ha desaparecido en la subida al cementerio era saludado desde tiempo inmemorial como la cruz del *ome-santo* (1)... El Diablo de la puerta del Camino, el herrador Juan Tuorum, cae muerto de repente delante de una efigie de la Virgen colocada en el barrio de las Ruedas al dirigirse estas sentidas y fervorosas palabras:—*Virgen de Belen, ven—á cállame* (2). Y si aun os parece fábula el manuscrito del sacerdote, negad el pórtico del cementerio que está á vuestras espaldas.

—Creeo en todo, señor; y llévame Dios, como al herrador, si no me parecío que la historia de Juan Tuorum era una invencion de *romanceo*... Seguid en vuestra relacion...

—El herrador fué enterrado en el mismo lugar en que habia caído muerto, y se levantó sobre su sepultura un crucero de piedra. El *ven*

—á *valame* de Juan Tuorum llegó á ser el *Bonaval* de este barrio. Sirvieron sus palabras de sobrenombre á una calle, así como la losa de su sepulcro ha dado origen á un litigio entre el convento de Santo Domingo y la parroquia de Santa María del Camino sobre la posesión de sus huesos. Se disputaron su cadáver hasta que desapareció en esta noche después de las luminarias y apariciones que los frailes divertaban desde sus celdas. Hay quien asegura—perdóneme la Virgen si lo creó—que lo de las lucas y fantasmes caía del mismo convento para atajar á los devotos durante la noche y llevarse el cadáver del herrador, como al remate y postré ha sucedido...

Al llegar aqui el enterrador, el reloj de la catedral repite á una poblacion dormida la primera campanada del nuevo día. Será tal vez una preocupacion ó una pesadilla; empero es para nosotros un simbolo la concision solemne de una sola campanada que anuncia, como una esperanza ligeramente iniciada, la próxima aurora. En las doce de la noche hay desaliento, cansancio, fatiga; se pierda el curiosó en la cuenta de sus campanadas: en la una se reconoce aliento, vigor, excitacion; pasa el sonido como una leve insultacion, como un apóstrofe del tiempo, como un eco.

El enterrador y sus ayudantes se levantan por segunda vez y des-

(1) La adoracion de este monumento religioso está justificada por diversos manuscritos antiguos correspondientes á los archivos públicos y privados de Santiago. En la *Basca de suplicas, juras y renca de Santiago* escrita por el señor Millas y Montenegro en el siglo pasado, se consiguen algunas pertenencias que las dan con la cruz del *ome sant*. Véase las *monografías de Santiago*. (Apéndice histórico XLV.—Pág. 387.)

(2) De *ven—á cállame* se ha formado la palabra *Donaal*; corrupción popular de una plegaria. La cruz del *ome-santo* (hombre-santo) dice desde principios del siglo actual. La lápida con los signos del herrador señalados en su centro, se halla trasladada á la iglesia del curvato de Santo Domingo, en donde se halla de guarda-ban scullamata las cenizas de Juan Tuorum, según la voz unánime de la tradición.

caerán sus frentes, murmurando una oración cuyas palabras oían sobre las amortiguadas resacas de la hoguera. Pasóse lejísimo se perciben confusamente en la pendiente pedregosa de la calle de Boueval, y al poco rato se descubre en la oscuridad un hombre embalsado que se dirige hacia el pórtico del cementerio. ¿Es un fratasma que vuelve al sepulcro? ¿Es algún misántropo en busca de emociones, ó un poeta á caza de consonantes? Es el robacador de huesos humanos: es el huron del campo santo. Si le permitiesen, no dejaría un cadáver en su lugar. Se parece á los lectores por entregas: siempre se le estravía un *ejemplar*, un capítulo, una hoja; ya se mancha la portada, ya se destruye la cubierta de su obra. Hoy busca un *cráneo* para localizarle frenológicamente; mañana les hacen falta un par de *digitales* ó un excelente *pubis*; ya se le ha tomado de la humedad un *esfenoidal*, ya desea encontrar una *lóbula* que haga juego con la que ha cambiado por un feto de cinco meses embolado en espíritu de vino.

—Me hice esperar demasiado—dice el recién llegado afectando disgusto y pesadumbre.

—A qué que el fuego se iba consumiendo—replica el entrevistador—y la voluntad no andaba rehuía con el sueño.

—¡Est... desquitémonos de lo que esperamos, no perdiendo tiempo.

—Enhorabuena.

—Adentro.

Y á la luz de un polvoriento farol en el cual se reconocian manchas de sangre y barro—era el farol de las hojas—entre el cementerio—no nos equivocamos en la graduación—el médico, el enterrador y los dos ayudantes. Perdónenos el benévolo lector la precisión con que describimos esta sombría comitiva. Cada cual va en su lugar. Aquí se reunen *causas* y *efectos* á lo Scríbá: únicamente se echa de menos al confesor para completar la decoración de la muerte.

Aprovechémonos ahora de la incierta luz de la hoguera, y presentémos á nuestros lectores una sucinta descripción del antiguo pórtico, cuya copia acompaña al presente artículo, construido por los frailes de Santo Domingo á la memoria del herrador Juan Tuorum. Este monumento religioso perteneciente al siglo XIV se compone de un arco apuntado en cuyo tablero se reconocen tres arcos: en el del centro una ménsula sostiene á la Virgen con la advocación popular de *Romana*, en cuya diestra tiene una manzana, sosteniendo con la otra manó el niño Dios. Dos ángeles con incensarios en la mano sobresalen sobre su cabeza, y otros dos aparecen entre los pliegues de su vestido. Una tallada umbela corona á la Virgen, en la clave del arco. En los nichos laterales se presentan dos monjes, el uno con cayado y libro y el otro solo con cayado. Debajo del arranque del arco exterior, que cierra los entrepisos según las prescripciones de la *opiva* ya decadente, se descubre la fachada correspondiente á la fábrica del pórtico. Sobre el flete abollado de las piezas donde descansa el dintel se han labrado dos Calderos con fajas que pueden representar relieves arbitrarios ó signos heráldicos. En el friso principal del pórtico se lee la siguiente inscripción, mas en dialecto gallego que en la lin, abierta en caracteres góticos del siglo XIV.

ESTA IMAGE. HE. AQUI. POS
TA. PORALMA. DE. JUAN. TUORUM.

La fecha está consignada en caracteres góticos y romanos de la manera siguiente: R. MCCCCLXVIII.

Los revocadores modernos que hacen de la pintura el arte de multiplicar las frisas, cubriendo de bermellon las efigies y de ocre los retablos, también han relocalado con cal y colores el antiguo pórtico de la calle de Boueval.

La devoción enciende por las noches un humilde farol delante del monumento religioso que explica el sobrenombre de la calle.

En nuestros días, si no es la puerta de un cementerio general, traza por delante de su elevado pavimento los cortejos finiebrs de los entierros.

ASTORIO NEIRA DE MOSQUERA.

Santiago 27 de abril de 1852.

ESTUDIOS LITERARIOS.

A. D. J. DE A. EN PRUEBA DE FIRMA AMISTAD.

TEATRO ANTIGUO.

ARTÍCULO PRIMERO.

Noño duda de la atención que tenían los griegos á los espectáculos teatrales. El ir al teatro no era para ellos, como lo es para nosotros, ó un pasatiempo agradable, ó una distracción onosa, ó un necio del ánimo.

Cuando tal era su intento, acudían presurosos á las mil diversiones que aquel pueblo, alegre y riendo, tenía constantemente preparadas para solazarse. La caza, los combates del estadio, los ejercicios militares, eran otros tantos sitios donde daban rienda suelta á su natural expansión y fecunda alegría. Nosotros, hombres modernos del siglo XIX, el menos poético de todos los siglos, el mas amontonadamente calculador y positivista, hacemos precisamente lo contrario de lo que aquellos hombres antiguos hacían. Especulamos con el tiempo, como con el dinero, con las diversiones, como con los negocios.

Damos á las ocupaciones de donde nacen nuestros intereses las mas bellas horas del día, las horas que el sol alumbra; y á la caída del astro de dorados rayos, y aun despues, cansados, tendidos por el trabajo, triste presa de la fatiga y de un pesado decaimiento moral, nos lanzamos á sustituir al cansancio físico un dulce y blando sosiego, y al malestar moral é intelectual, que nos domina, á las preocupaciones positivas que se agitan y hierven en nuestra mente, la calma, el reposo y apacible tranquilidad de ánimo. Queremos descansar gozando por medio de placeres físicos, cómodos, de pronta digestión mental, y nos vamos al teatro. Este es, como se ve, de una utilidad positiva é incontestable.

Bé aquí pues que el arte, por una justificación debida á nuestras materialistas ideas de progreso, se ha materializado; ya tiene que cambiar su antiguo y acreditado lema, *del arte por el arte y para el arte*, en otro mas moderno y positivo, mas al momento de todas las inteligencias, *el arte por el placer y para el placer*. *Quantum mutatus ab illo!* Semejantes á esos viajeros que han caminado todo el día bajo los rayos de un sol abrasador, y al través de un árido desierto, anhelamos encontrar, en medio de nuestra amarga peregrinación, un benévolo oasis para descansar un momento, y reharcer nuestras menguadas fuerzas. Tal es el teatro en nuestros días. No nos falta razón para exclamar como Encas al ver la pálida y desfigurada sombra de Héctor: *Quantum mutatus ab illo!*

El arte teatral, que en tiempos mas felices, en dias mejores que los nuestros, era un elemento civilizador, una idea social, un estímulo de progreso, un grito de libertad é independencia, una aspiración de justicia, una petición de derechos, una sanción pública y postera de los sentimientos de todo un pueblo; el teatro ateniense, que era en Atenas de aspecto tan imponente y severo como el Areopago, tan bullicioso y voluble como el Agora; tan agitado como el Foro Romano, tan tremendo y aterrador como las vastas asambleas de los antiguos franceses, y menos simétrico, menos regular y culto que nuestros juiciosos congresos modernos, en los cuales hemos logrado sustituir á los movimientos impetuosos de nuestro corazón, que hoy mas late á compás, las metódicas reglas de una inteligencia fría y una razón inflexible y sobera; el teatro ateniense, con los grandes caracteres y proporciones con que aquí le bosquejamos, no se reproduce ya entre nosotros. Como los grandes hombres y las grandes cosas, no dejan herederos que han de ser indignos de llevar un nombre, ó de reproducir un hecho que no pueda repetirse sin menoscabarse.

Nosotros, raza de pigmeos morales é intelectuales, y por desgracia físicos,—cuya generación corrompida y caduca nace mas raquítica y pobre, y anda macilenta y encorvada en su temprana edad, como si la tierra la reclamase ya para destruirla;—nosotros, hombres de elevada cultura y quietas costumbres, tan solo atentos á los pequeños y minuciosos detalles de nuestra cómoda civilización, no comprendemos las cosas grandes, inmensas, sublimes. No llegamos fácilmente á formar-nos la idea de un pueblo agitado, tumultuoso, inmenso como el ancho mar que á sus ojos se desarrollaba, movido por las ideas mas santas, la patria, la libertad, el honor, corriendo presurosos al teatro, en medio del día, á la luz de la clara luz del firmamento, espaciándose por aquel estenso recinto, abierto á los rayos del sol suave y benigno de la Grecia, y aplaudiendo frenético, ó vituperando implacable. Nuestra infenonda imaginación no acierta á representarnos los diversos vaivenes, las vagas y dilataadas oscilaciones, los movimientos, ora tranquilos, ora tempestuosos, de aquel pueblo todo sensibilidad, todo corazón, todo alma; movimientos excitados por las grandes ideas, los grandes hechos que á su inteligencia se desarrollaban en grandioso panorama.

Nosotros, encajonados en un asiento de exigüísimas dimensiones, traza por la pared mano de la ganancia, que varía ó modifica sus proporciones al compás de la subida ó baja del precio, recorriendo la escala que existe entre la butaca, que tira á ser cómoda, y el asiento de entrada general, que pretende ejercer por la presión material los mismos efectos que ventila la máquina neumática, esto es, el vacío de aire respirable; nosotros que estamos atentos por lo regular á la parte exterior, fútilmente y variable del espectáculo; que solemos hacer vagar nuestras miradas distraídas por las galerías del teatro, desde el paraíso, nombre puesto por antonomasia, hasta los elegantes palcos bajos, de condiciones higiénicas algo mejores; ó que fugiendo trucidado arte-

nos, procuramos descubrir (añá para nosotros adentro) la propiedad de las decoraciones, si pertenecían al renacimiento ó á la época de César Augusto,—que no es raro encontrar en nuestros teatros tan pequeños autotomismos;—nosotros, que con mayor frecuencia gastamos toda nuestra actividad intelectual en medir las dimensiones coquetas del delicado pie de tal ó cual graciosa bailarina, ó en discutir, en lo más recóndito de nuestro ánimo, sobre si se reproduce en aquella bonita actriz, ó en esta célebre prima donna, el peinado caprichoso y fantástico de alguna famosa esbena antigua ó moderna; la de Catalina de Médicis ó la de la Vallière; la de la Pompadour ó la de María Antonieta; la de la emperatriz de los franceses ó la de la Fuoco; nosotros, que á veces estralimitamos nuestras investigaciones, y nos egotizamos, muy á sabiendas, en el examen y averiguación de ciertas materias, que no nos es dado calificar de artísticas é ideales, nosotros, en fin, que tal obramos, que tal hacemos, que tal pensamos, no podemos comprender una cosa muy natural, muy sencilla.

Cómo un pueblo tan inteligente, tan fino y cortés en sus maneras, dotado de tan exquisita sensibilidad, de gusto artístico tan puro y severo, de imaginación tan viva y delicada; un pueblo tan culto y aristocrático en sus costumbres públicas, que poseía ese *atletismo* de sentimientos, ideas y lenguaje, que ningún pueblo de la civilización oriental tuvo jamás; un pueblo, por otra parte, tan distante de semejarse al ruidoso pueblo romano, como al inmóvil y taciturno pueblo asiático; cómo aquel pueblo, tan pacífico en sus placeres, en sus diversiones y juegos públicos; asistía á las representaciones teatrales con celo tan eficaz y tan vehementes deseos. No comprendemos una actividad tan natural, tan justa, tan sensata y razonada, porque ignoramos lo que era para él el teatro, lo que significaban sus representaciones dramáticas, sus actores y hasta sus decoraciones. No sabemos lo que valía allí un Esquilo, un Eurípides, un Sócrates, un Aristófanes; poetas tan esforzados y patrióticos como sus generales, tan fecundos como sus oradores, tan severos de costumbres como sus magistrados, tan sabios como sus filósofos, y tan profundos como sus hombres políticos.

¿Qué era para ellos el teatro? Ya lo dejamos apuntado. Una idea moral, civilizadora, santa, patriótica, sublime; un tribunal donde el pueblo juzgaba á sus magistrados y hombres públicos, y cuyos juicios eran universales é inapelables, un elemento de oposición viva y enérgica al poder; un voto solemne á proyectos atentatorios á sus derechos y libertades. El teatro era lo que el Tribunal en Roma, lo que el periodismo de oposición en la prensa moderna, lo que el partido de la izquierda en nuestras asambleas deliberantes. Era en fin la expresión más franca y robusta de la voluntad de un pueblo civilizado y libre, un elemento de poder social, de fuerza pública y de engrandecimiento y gloria de la patria.

No se crea que al expresarnos con tan sentido fuego, tránsito del teatro antiguo, nos dejamos llevar hacia él de una respetuosa y ciega admiración, de un culto fríasico, que no nos tolere la discusión de nuestro testamento. Bien sabemos que aquel tribunal solemne, aquel jurado nacional, en que se discutían y fallaban las cuestiones más importantes, ora políticas y morales, ora literarias y artísticas, ya bajo el velo sombrío y aterrador de la tragedia, ya bajo el de la delicada y *spirituelle* sonrisa de la comedia; bien sabemos que no siempre era conedido en sus deliberaciones, recto y equitativo en sus juicios. Lejos de esto: la historia del teatro ateniense está ahí para acreditarlo. Ofrecía muchas veces el teatro un modelo de confusión y anarquía, que sin duda Aristote ha copiado en su *Orlando*, para hacer la descripción de su famoso y popular campo de Agramento.

El teatro ateniense, como todos aquellos sitios públicos en que en los antiguos tiempos se trataba directa ó indirectamente de política ó de moral pública, presentaba muchas veces los aspectos más diversos y encontrados. Con razón creemos comparar las asambleas eminentemente populares,—queremos decir aquellas en las que lo que se ha convenido en llamar pueblo, se hallaba en mayoría—al mar, cuyas fases son tan distintas: procesado, agitado, lacundo, amenazador unas veces, se halla otras, cual riuueña matrona, tranquilo, sereno, apacible y benigno. El teatro nos representaba á veces una reunión pacífica de ciudadanos asistiendo á una función literaria; un Areopago condenando con tranquila solemnidad á un niño infante, porque ya en sus juveniles años se complacía en matar animales. Otras era el *far-simile* del Agora, de la plaza pública, en que el pueblo lanzaba al ostracismo al virtuoso Aristides, cansado ya de oírle apollar justo.

Ejemplo de triste recuerdo, pero necesario, íntimamente fatal, en las asambleas populares, en que, por lo regular, triunfará de la justicia y de la razón la cruel astucia de un Robespierre, ó el salvaje valor de un Marat. Espectáculo que ha de reproducirse siempre que el pueblo, que asienta con frío, con feroz violencia, con ciego entusiasmo, pero cuya inteligencia ingenua, franca, sencilla, se deja llevar de los sentimientos que dominan su corazón; siempre que ese pueblo,

que no razona ni discute, que no piensa ni medita, se retira para deliberar, y lo que peor es, para fallar y sentenciar.

En Atenas, el pueblo condenó á Sócrates, en el teatro, en la representación de la comedia de Aristófanes *Las Nubes*: allí juzgó al virtuoso ciudadano, al eminente patriota, al profundo filósofo, tal como le vió en la representación cómica, esposito al ridículo más amargo, á la risa más cruel y sarcástica, á la burla más pueril y sangrienta.

Si ájoro no fuese de la gravedad del asunto, *hacía seria broma una amena digresión*, y representarnos el caso verdaderamente cómico de ver figurar en el teatro al filósofo áteniense, *al sento de la antigüedad*, como le llama J. J. Rousseau, en medio de una multitud de coristas, silbes masculinos cubiertos de vestidos véreos, semejantes á las bailarinas de la danza infernal, en el tercer acto de *Roberto*, metido en una gran cesta y subiendo por los aires, á estilo de las ascensiones aerostáticas que verificaba en esta corte años atrás madama Rollan.

—Si, el pueblo, ó mejor dicho la facción que dominaba el espectáculo—ó como diría un escritor romántico, la situación literaria,—y que capitaneaba dos ingratos discípulos suyos, la dió de hecho la muerte, en aquella circunstancia fatal, con el ridículo, con la burla, con el sarcasmo cruel, con la burla insultante: armas favoritas de los atenienses, armas tanto más poderosas y positivas, cuanto que se hallaban en manos tan hábiles y adiestradas.

Voltaire ha dicho con oportunidad—en *France le ridicule tua*.—Al hablar de Atenas, repetimos testales sus palabras. En Atenas también daba la muerte el ridículo. Cuando se acabó la comedia, Sócrates estaba ya juzgado y condenado: había caído bajo el peso del ridículo más insultante y aterrador, y esto bastaba. Cuando se presentó delante del tribunal de Atenas, del famoso Areopago, no se halló en su seno una voz, un grito, que clamara en favor de su inocencia. Unánime fué la sentencia que le condenó á muerte. Nosotros apenas si comprendemos esto. Nos parece á la verdad tan fantástico como los cuentos de Hoffman, tan irrealizable, tan imposible en el terreno de la práctica, como la Utopía de Thomas More, ó la Ciudad del Sol de Campanella. A nosotros, poseídos de ideas materiales, de sentimientos egoístas, llena la mente de febriles proyectos de especulación liceros; á nosotros, hombres de corazón de hierro, no nos importa nada el ridículo. La burla, el escarnio, por crueles que sean, no nos hacen mella. Atentos al fin, no reparamos en los obstáculos que embarazan el tránsito, que nuestra honra se marche por el lado que al pasar nos arrojan; que nuestro honor quede envuelto, como inútil vellón, en las caracas que rodean la vía, esto nos es muy indiferente: si tocamos, sin lesión material, al término de nuestro viaje, somos felices; hemos logrado nuestro intento.

Moliere, dice Jules Sandeau, no ha corregido á nadie. Esto es cierto. ¿Pero y qué hubiese dicho el cómico francés si hubiese vivido entre nosotros? El autor del *Azore* hubiera opinado que el egoísmo humano es incorregible.

Pero en el teatro antiguo de que venimos hablando, éstos casos se repitían con poca frecuencia; y si queremos ser francos, no diremos, aunque sea *volto voce*, que Sócrates, por su orgullo, por su ridícula vanidad, por su empalagoso amor propio, merecía algun tanto el ridículo público? De qué aquel pueblo condenase al destierro á algunos de sus generales, á Temístocles, á Aristides, á Mílciades; á Alcibiades, á Conon y á Nicias, no se infiere, en buena lógica, que todos los demás vieran su nombre escrito en las tejuelas del ostracismo. De que algunos fallos públicos fuesen análogos al que recayó sobre Sócrates, no se deducirá tampoco que aquellos eran constantemente inicuos. No nos es dado más repetir, en esta ocasión, lo que el astuto Simón á los ingenuos Troyanos: *por uno concededlos todos*.

El; son grandes y los laúares los que acabamos de señalar, porque lo honra de los ciudadanos; como su tumba, son cosas respetables, sagradas; quien á ellas toca, con mano alrevida y profana, recibirá inminente el castigo que Dios lanzó sobre los osados profanadores de su Arca Santa. Pero á pesar de estas máximas que se descubren esparcidas acá y allá, en el hermoso cuadro que ofrece el teatro antiguo, qué inmensa é inconmensurable distancia le separa del nuestro! qué diverso origen, qué distinta marcha, qué opuestas tendencias tienen ambos! En aquel se divisa á lo lejos grande é imponente la idea social, civilizadora y patriótica, que se alza, cual nube de niebla que corona nos montañas, sobre el tumulto y variado paisaje, en que se ven confundidos actores, espectadores y poetas. En esto se traducen ideas pobres, rutilicas, mezquinas, como plantas que nacidas en suelo infértil, crecen pálidas y desahucientes, arrastran lenta y penosamente su lánguida y oscura existencia, y perecen, por fin, faltas de fecunda sévra y de luz vivificadora.

Mas no hagamos lo que el peregrino viajero, que cansado de andar, apenas empezada su marcha, se para de repente en su camino, mide con ansioso mirada la distancia que le separa del término de su viaje,

se espanta y alera, y desesperado é iracundo comienza á seguir adelante.

Hemos hablado en este primer artículo del teatro ateniense, de un modo vago é inelucidado, en abstracto, como dicen los filósofos, con respecto á la idea, á la significación genérica. No nos parece importante dar más amplitud á nuestras ideas, y abrenar cuanto á aquel se refiere, en un conjunto regular, ordenado y metódico, y en el cual podamos distinguir con exactitud y precisión, descolando alternativamente en el terreno que ocupa, cada elemento de los que en aquellos tiempos componían el teatro, y que son, como en los nuestros, el local, las decoraciones, los actores, las representaciones dramáticas, los poetas de este género y el público.

ALEXANDRE DE AQUINO.

LOS COLONES Y LOS URSIN.

Julia Colonne y Beatriz Ursin eran hijas de dos nobles romanos ricos y poderos en el siglo XIV. Sus parientes, miembros de dos grandes familias rivales que habían agitado á Roma un siglo entero con sus disensiones, eran enemigos mortales: mucha sangre se había derramado en sus querellas, y la animosidad hereditaria de las casas de



Colonne y Ursin se extendió hasta las hembras de las dos familias hostiles. Aunque joven, Beatriz había ya aprendido á mirar con la más profunda aversión toda la que llevaba el nombre Colonne, y Julia era más particularmente el objeto de su enemistad. Jamás se encontraban sino en las ceremonias religiosas ó en las fiestas públicas, y en estas ocasiones Beatriz miraba siempre á Julia con la mayor ira y desden. Julia tenía un carácter diferente: su madre, que hacía poco tiempo que había muerto, la educó en la práctica de los deberes cristianos de paciencia y humildad para con nuestros enemigos, y estaba tan lejos de volver desprecio por desprecio, que se desconsolaba de no poder atraer á su adversaria con dulces palabras y queriéndola mucho.

En la época en que hablamos Estaban Colonne, abuelo de Julia, tenía en Roma mucha influencia sobre la facción de los Ursin; pero su triunfo fué de corta duración: un tercer partido más poderoso que los demás, se levantó de repente en Roma al mando del célebre Bienci, jefe de los plebeyos romanos, que sufrían hacía mucho tiempo con la mayor impaciencia la tiranía de los nobles; y aprovechándose de las disensiones que existían en aquella clase orgullosa, tomaron las armas contra ellos, decididos á asesinar á cuantos les opusieran la menor resistencia.

En aquel terrible día, cuando los jefes de todas las familias patri-

cias estaban detenidos por orden del tribuno Bienci, una vieja que quería á la familia de Colonne se precipitó en el palacio del padre de Julia, y habló en estos términos á la joven aterrada:

—Toda se ha perdido: vuestro padre, vuestro abuelo y vuestros tíos todos están prisioneros; y yo he corrido para advertiros que se aproxima ese populacho brutal para saquear y destruir todo lo que pertenece á vuestra casa y vuestro nombre.

—¿Mi padre, mi abuelo, y mis tíos están todos prisioneros? repitió Julia palideciendo: ¿y es la malicia de los Ursin la causa de su ruina?

—Los Ursin son víctimas de la misma desgracia, replicó Paulina; eso es obra del miserable Bienci, jefe de los plebeyos, y el populacho triunfa sobre la nobleza! La sangre de los Ursin, lo mismo que la de los Colones, correrá hoy como el agua en los ríos.

—¿No se salvará ningún hombre de estas nobles casas! Pero vos, palomita, querida hija, continuó estrechando en sus brazos el tallo de la noble señorita, huiréis conmigo lejos de la tempestad á su sitio en que encontraremos un refugio. Venid, arráncad de vuestro cuello y vuestros brazos esas joyas suntuosas, y cambiad el traje peligroso de



la nobleza por la humilde saya de la hija de un plebeyo; aquí te algo una para difrazaros.

Julia cedió sin resistencia á las súplicas de Paulina, que reunió algunos objetos de valor de que hizo dos lios, poniendo uno en mano de Julia, y se encargó ella misma del otro. Entonces cogiendo á Julia por el brazo, la hizo salir del palacio de Colonne en el mismo momento en que le invadía un populacho salvaje reunido de todos los cuarteles de la ciudad para saquear y destruir cuanto pertenecía á esta familia. Roma relumbra bajo el ruido de las armas y los gritos furiosos de los opuestos partidos. La carnicería y la muerte existen en todas las calles; la rabia, el terror y la consternación estaban pintados en todos los semblantes. Por todas partes eran saqueados y asesinados los nobles á pesar de la resistencia de los que los acompañaban. Entre tanto la tímida Julia, sin otro protector que una anciana mujer del pueblo, pasó salva y desconocida al través de todos los peligros, y llegó á ganar las murallas de la falsa ciudad.

Las puertas de Roma estaban cuidadosamente guardadas por los soldados de Aragón, para evitar que se escaparan los nobles y los ricos; pero quién hubiera pensado el detener á la humilde Paulina y á su nieta como ella llamaba á Julia? Hasta donde podía alcanzar la vista, el campo estaba lleno de hombres, de mujeres y de niños que huían,

los unos en grupos y otros individualmente, hacia los montes Ablucos, que en todos los siglos han servido de refugio á los Italianos fugitivos, nobles ó esclavos, cristianos ó paganos. Nadie se detenia para mirar á Paulina y á su protegida para decirles una palabra: bien pronto se quedaron las últimas, porque iban cargadas de las alforjas que habían cogido en el palacio de Colonne, y porque Julia no estaba acostumbrada á marchar á pie con toda la fuerza del calor.

—Valor, hija mía! decía Paulina: el término de la carrera no es siempre para el mas ligero, ni el del combate para el mas fuerte. Nuestro tránsito, aunque lento, está asegurado: conozco la cabana de un leñador situada al pie de las montañas, en donde encontraremos alimento y abrigo para esta noche.

—Pero estoy tan cansada y tan sofocada, dijo Julia, que mis fuerzas no me sostendrán hasta el bosque.

—Consuélate, hija mía; tengo en el pecho un frascuito con un poco de vino que reanimará las fuerzas desfalécidas.

—Deteneos, exclamó Julia, señalando tendida en el suelo víctima de un profundo desmayo á una jóven que parecia tener su edad; hé aquí una necesidad mas apremiante que la mia.

—No habéis así, mi querida señorita, le dijo Paulina despues de haber examinado á la jóven; es vuestra enemiga Beatriz Ursin.

—Es mi hermana, exclamó la generosa Julia, mi hermana en la adversidad; y al decir estas palabras levantó dulcemente la cabeza de Beatriz y humedeció sus labios con el precioso licor de que Paulina habia tenido cuidado de proveerse.

Un momento despues volvió á aparecer el color en las pálidas mejillas de Beatriz, y entreabrió los ojos dando un profundo suspiro; pero cuando vió por quién estaba sostenida, procuró escaparse de los brazos de su bienhechora y exclamó: desgraciada de mí, he caido en manos de mis enemigos!

—No temáis; somos amigas; le contestó Julia con voz dulce.

—Sois hija de Colonne, y por consiguiente mi enemiga; soy una Ursin.

—¿Qué hemos de hacer con la enemistad las hijas de Colonne y de Ursin en momentos como estos, respondió Julia llorando, cuando quizá la sangre de nuestros desgraciados padres corre confundida en un arroyo, y cuando sus desgraciadas hijas, fugitivas y errantes, estamos unidas por una desgracia común?

Beatriz se afectó profundamente al oír salir de boca de una persona á quien habia tenido hasta entonces tan grande aversión, semejantes palabras. En aquel momento el aire trajo de Roma, de donde estaban bastante distantes, un sonido débil y lígubre.

—Escuchad, dice Paulina conmovida, es la campana grande del Vaticano que anuncia la ejecucion de los nobles, víctimas de Rienci y del populacho. Las dos jóvenes palidecieron; era el clamor de los padres de una y de otra, el clamor de todos los hombres de las casas hostiles de Colonne y de Ursin, que en aquel momento estaban en el poder de Rienci.

Las dos fugitivas cambiaron una mirada de angustia y de simpatía. El orgullo, el aborrecimiento y la ayuda hubieron olvidados en aquel momento; se arrojaron una en brazos de la otra, y sus lágrimas se confundieron. Lloraron largo tiempo en la mayor amargura, y cuando la campana del Vaticano cesó de sonar y se perdieron los últimos ecos de sus lígubres sonidos, Julia Colonne y Beatriz Ursin estaban huérfanas, y como dos hermanas derramaron abundantes lágrimas por sus parientes.

Paulina, que por reconocimiento habia abrazado con entusiasmo la causa de la familia de Colonne, y que al principio se sentia dispuesta á desaprobar la ternura que Julia mostraba á la hija de sus enemigos, se conmovió de la reconciliacion que acababa de verificarse entre los dos jóvenes en circunstancias tan críticas, y accedió de muy buena gana á los deseos de Julia, que la habia suplicado que se ofreciese y protegiese á la desgraciada Beatriz lo mismo que á ella. En cuanto á esta, su orgullo fué tan abatido por la inesperada desgracia que acababa de herirla, y las fuerzas de su cuerpo estaban tan apuradas por la extraordinaria fatiga á que se habia espuesto, que se agarró para sostenerse al brazo de Paulina como si fuera su propia madre. Las nobles huérfanas con su humilde guía prosiguieron lenta y tristemente su penoso camino, hasta que llegaron al bosquecillo que Paulina les habia mostrado como el punto en que debían pasar la noche al abrigo de la tempestad. Allí encontraron albergue y cena: el buen leñador cedió gustoso su propia caba y su cama á las cansadas fugitivas.

Al día siguiente se pusieron en marcha para continuar su viaje hasta un convento que estaba en medio de los montes y de que era abadesa una señora de la familia de Colonne. En el camino encontraron unos labreros que las quitaron todos los objetos de valor que habían sacado de su casa, y gracias á las súplicas de Paulina las dejaron con vida. Entraron en el convento en un estado lastimoso, con los pies desnudos y sus vestidos desgarrados: pero encontraron un refugio en medio de las buenas religiosas, para quienes fueron objeto de las aten-

ciones mas delicadas, y que les prodigaron cuantos consuelos necesarios en circunstancias tan desgraciadas.

Siete años despues de aquel día desastroso Rienci fué arrojado de la posición en que se habia colocado, y despues de muchas vicisitudes de la fortuna fué ignominiosamente asesinado por sus enemigos victoriosos. Algunos miembros dispersos de las casas de Colonne y de Ursin que se habian librado de su venganza, volvieron á Roma, y renovaron sus enemistades. El destierro habia instruido mejor á Julia y á Beatriz; se habian hecho verdaderas cristianas, y sin hacer caso de las divisiones de sus parientes vivieron siempre unidas con los lazos de la mas tierna amistad.

ESPERANZA.

NOVELA ORIGINAL

POR PABLO GAMBARA.

(Continuación.)

No tengo fe mas que en mi espíritu, y dudo mucho de la materia, como el buen conde de Bullon en el principio de su historia natural. ¿Qué simpatías ni qué antipatías he de tener pues por seres que no existen, cuyos cuerpos no son mas que una ilusión óptica como el azul del cielo? Seria una locura. Pero sigamos hablando de Vd. ¿Pienza Vd. casarse con Eugenio?

—Y lo conseguiré á pesar de Vd.

—¿A pesar de mí qué me importa que se case Vd. ó no? Pero hoy estoy triste, y voy á revelar á Vd. una verdad amarga. Ese casamiento labrará la desgracia de Vd.

—¿Por qué?

—Porque es Vd. muy vieja para Eugenio. Él entra en la vida, y usted sale. Las gracias que la adornan se marchitarán, y él entonces sentirá verse unido á Vd. como sentiria verse aliado á un cadáver. Bien sé que Ninon tuvo un amante á los ochenta años, y que Vd. no tiene menos talento que ella; pero tambien es cierto que sus caricias no le entretuvieron mas que un día. Hipócrates de amor, va Vd. á profesar en una religion que no cree, y el martirio que sufrirá en ella, le será mas doloroso porque la fé no la sostendrá con sus consuelos. Tiene usted la naturaleza vieja, y la calma que desea se la hará desagradable en cuanto no pueda abandonar, en cuanto la edad se la imponga á Vd. como una ley. Para personas como Vd. la naturaleza inventó la apoplejia, que lleva como el rayo á una persona en medio de la bacanal; ninguna otra muerte le conviene.

—Crea Vd. que deseo placeres turbulentos.

—Antes he dicho lo que Vd. deseaba ahora; pero no desearé Vd. lo mismo mañana cuando sea vieja.

Esta vez fué á Matilde á quien tocó reírse.—Parece Vd. un poeta elegiaco á quien su amada ha desheñado, y que se venga de ella arrojándole á la cabeza una virulenta imprecación.

—Ciertamente. La dama no le hace caso, y sigue su camino como si tal cosa hubiera pasado. ¿Hará Vd. lo que la dama?

—Sin duda alguna.

—Hace Vd. bien: un año de vida es vida, y no se debe dejar de gozar hoy por miedo de padecer mañana; pues eso seria abandonar lo cierto por lo dudoso. Deseo á Vd. una vida feliz. Hasta mas ver.

Y con la groseria y el cinismo de Diógenes se volvió del otro lado. Matilde salió de la habitación comprendiéndole menos que cuando entró, y sin haber logrado el objeto que se proponia al visitarle.

CAPÍTULO XII.

Pasaron días, y la intimidad de Eugenio y Matilde fué creciendo con ellos de una manera asombrosa. Ella poseia todos los secretos del corazón humano por instinto y por estudio. Desplegaba todos sus encantos, sin olvidar ninguno de los medios que la coqueteria ha descubierta para realizarlos. Los movimientos, los colores, la luz, todo se disponia de manera que la realizase sin parecer afectado. Era una excelente actriz, y su lenguaje, sus movimientos, su rostro, todo estaba en armonia, todo estaba ensayado con esmero. En Eugenio hubiera sido muy experimentado, esto mismo le hubiera hecho sospechar, pues no se podía creer que una dama poseyese tanto arte sin muchos años de práctica; pero estaba ciego por el resplandor de la divinidad que le deslumbraba, y no distinguía si su aureola era la luz del cielo ó la del infierno. En todo caso su orgullo bastaba á persuadirle de que el amor era el dios que inspiraba á aquella mujer el arte ignorado de la inocencia.

Con todo, el jóven luchaba con aquel amor como el naufrago con

las olas alborotadas. Mas de una vez juró no volver á ver á la sirena que le seducía. Deseaba cómo Ulises taparse los oídos y atarse á su navé al atravesar el peligroso golfo; pero la armonía mágica penetraba á través de los obstáculos, y su resistencia ennoblecía la victoria. Matilde, segura de ella, observaba sus movimientos, y se divertía con el bajo de la comparación en gracia de su verdad) se divertía con él como el gato con el ratón herido. Estaba segura de verle volver mas enamorado aun después de sus propósitos á besar humildemente sus plantas adoradas.

Parece que habiendo sido ya una vez engañado Eugenio por una mujer viciosa, la experiencia propia debía de preservarle de nuevos lazos; pero la experiencia, como generalmente sucede, le empujaba y le espantaba, aun mas diciéndole al oído:—Tú no eres un niño, y con mi ayuda estás seguro. Los que creen jugar conmigo se encontrarán pronto burlados, y llorarán de rabia al ver que has sido tú quien ha jugado con ellos.

Y el orgullo de la experiencia le engañaba.

¡Ay! ¿qué es en realidad la experiencia, sino un sueño de la vanidad? Pobre insecto que dura una hora, cree el hombre haber aprendido todo el libro de la vida cuando ha descifrado una de sus letras. Desconoce casi siempre las causas, y adivina sobre los efectos! Se vanagloria de saberlo todo, y muere anejano tan ignorante como un niño! Sienten no poder detallar aquí los lances interesantes de la lucha entre Eugenio y Matilde; pero no bastarían á describirla diez volúmenes en folio, y describe, sería ininteligible para los que no se han visto en situación semejante, y odiosa para los que han probado la astucia de esta diplomática femenil. Baste saber que la lucha duró seis meses, sin un momento de descanso, y que Eugenio quedó vencido.

Al cabo de este tiempo D. Martín salió de su casa curado completamente, y preparó su viaje para Francia, pues llevaba tiempo hacia una vida errante y solitaria, no descansando en ningún país sino el tiempo necesario para estudiarle. Decía que viajaba para convencerse por experiencia de que su patria no era el peor país del mundo. La vida de este hombre encierra sucesos curiosos que mis lectores recordarán, pues forman la materia de otro libro, y por ellos solamente puede comprenderse su carácter á primera vista inexplicable. Su odio á Matilde había nacido de una palabra de esta. D. Martín había perdido á su esposa en Lisboa, y este dolor había sido el mas fuerte que atravesó su corazón en el tormento de su vida. Le habia dejado solo en medio de un mundo que odiaba y despreciaba, sin una afición dulce que le consolase, sin un ser querido en que reclinarse su cabeza. Entonces era también D. Martín vecino de Matilde, que dió un baile la misma noche de la muerte de Margarita. Los gritos del placer se mezclaron con las oraciones de la muerte; los cantos báquicos con los salmos de la iglesia. Compadecido del dolor que este contraste debía de producir en D. Martín, un vecino suplicó á Matilde que al menos cerrase sus balcones para que se apagasen el ruido; pero Matilde contestó con descaro: Que cierre los suyos si quiere; no hemos de ahogarnos por consideraciones! el dolor de un imbécil que llora á la mas hipócrita y mas deseada de las mujeres.» D. Martín no perdonó jamás estas palabras inconcideradas.

Al pasar D. Martín por delante de una iglesia, vió mucha gente parada á la puerta en torno de roches lujosas que empezaban á llenarse de elegantes damas y apuestos caballeros. Servíanles criadas lujosamente vestidos, y detrás de todos salían asidos del brazo Matilde y Eugenio, radiantes de felicidad.

—Qué hermosa es! decían á legños.

—El debe ser no sin vergüenza, murmuraban otros.

—Por que?

—Porque se viste de deshecho.

—No comprendo.

—Se ha casado con una mujer que recibió de manos de D. Pedro, que la había recibido de D. Luis y esta de D. Enrique, que seguramente no fué su primer amor. Esa mujer ha recorrido toda la escala social.

—He oído decir que es muy rica.

—Entonces su esposo es hombre de talento, ¿Conoceis á alguien que pueda presentarme en su casa?

—Nada conseguireis, porque tiene una virtud...

—Una virtud de primera arrepenida.

—Di mejor casada,

—Lo mismo da.

Estas conversaciones y otras ciento que se cruzaban entre la multitud hacían asomar una sonrisa á los labios de D. Martín.

Matilde al subir al coche le divisó y le lanzó una mirada de triunfo saludándole triunfante, mientras Eugenio miraba á otro lado.

—Pobre mujer! dijo el prestamista alejándose, creoque ya tenía interés en impedir su boda. Si fuera verdad en se hubiera casado.

Esperanzas seguras en el convento esperando á Eugenio, fada en su amor y encomendándole á Dios en sus oraciones.

CAPÍTULO XIII.

El día en que se casó Eugenio, le cayó el premio grande de la lotería. Fué una compensación del cielo.

En su matrimonio la luna de miel fué bastante breve. Matilde mostró desde luego una pasión al lujo y los placeres capaz de arruinar á un grande de España, y sabía demasiado bien dirigir su juego para hacer que su marido obedeciese hasta sus menores caprichos. En la representación de su amor estaba sublime. Parecía una mujer de fuego cubierta con una piel suave como la seda. Sus caricias mareaban la razón, y sus besos producían el vértigo, comunicando á su esposo todo el poder, todo el capricho de sus deseos de alma estragada, encenagándole en los refinamientos del placer. Arrebatada entonces por la fuerza de su propia naturaleza, dejaba de ser una mujer; era la personificación de la lascivia, la orgía del amor con su embriaguez y sus locuras. Pero todo el encanto de este frenesí desapareció bien pronto para Eugenio. Un anónimo le aseguró que su mujer había sido querida de un banquero, y que su casamiento era fruto de una apuesta. En varias partes creyó advertir sonrisas maliciosas á la presentación de su esposa; notó que escusaban su trato, y procuraban hacerle desaires: por último, algunas palabras de doble sentido disparadas como al acaso por varias damas le hicieron hasta el fondo del corazón. Entonces comenzó á pensar en que se había casado con una mujer de quien ignoraba completamente la vida pasada. Sus caricias comenzaron á parecerle signo de la depravación, y como todos los atolondrados, convino en que había cometido una locura cuando no tenía remedio.

Procuró por lo ménos apartarse de aquellos lugares en que con razón ó sin ella veía su honor mancillado, y salió con Matilde de Portugal.

Varios años estuvo viajando por Europa sin mas objeto que recorrer países. Fué primero á Inglaterra, la patria del eclecticismo, que solo allí ha producido razonados frutos. Despues fué á Francia, la nación condenada á eterna envidia en política, la lengua de Europa por mas que se crea el cerebro del mundo, la moderna Atenas literaria, si fuera suyo todo lo que ha proijado. Por último, pasó á Italia por la patria de Rousseau. Allí admiró primero á Venecia, la hermosa ciudad nacida como Venus de la espuma de los mares, y nacido en una góndola, recordó el temible consejo de los diez, cuya hacha leñida en la sangre del dux Faliero no respetaba ninguna cabeza noble aunque temblaba al herir al pueblo. Era una división de privilegios entre la aristocracia y la democracia. A aquella le cupo en suerte la riqueza, y á esta la libertad. Recordó los *Plomos*, prisión digna de Luis XI, en que se encerraba en nombre de la libertad, y no tuvo tiempo de acordarse del Carnaval que tan famosa ha hecho á la esposa del Adultero.

De allí pasó á Florencia, la patria de Maquiavelo, el pueblo sediento eternamente de placer; pero el pueblo que no comprendía el placer sin el ruido y la locura; que á un mismo tiempo disponía una mascarada y una revolución, para que los gritos del placer de la una sofocasen los gritos de muerte de la otra, como en las sacrificios idólatras solía disponerse una gran música para que ahogase los lamentos de las víctimas. (Continuad.)

A MI AMIGA MAGDALETA.

QUINTILLAS.

Paiso en triste soledad
por adular tu contento
el arpa de la amistad,
que bendice tu hoidad,
y celebra tu talento.

No por brindarte me afano
de flores guirnalda airosa:
al enlazadas mi mano
su olor perdiera la rosa,
su esmalte el clavel lozano.

Sentidas endechas son
las que te ofrece el poeta;
pues llevo en el corazón
de la amargura el arpon,
del despecho la saeta.

Yo en mis lágrimas de fuego
extaliando un ¡ay! doñente
deesperado me anego:
burró de mi alma el sosiego,
la inspiración de mi mente.

Tú no sabes, Magdalena,
lo que es hastiado sufrir
una pena y otra pena,
sin una aurora serena
que desahuzca el porvenir.

Ah! no en tu rostro hechicero
su huella estampe el dolor,
ni ose empañar hado fiero
de tu ilusión el Juero,
ni de tu dicha el albor.

Respira esbelta y ufana
cercada de amantes mil;
y triunfa en edad temprana
mas pura que la mañana,
mas risueña que el abril.

Tranquila, alegre y donosa,
como vestal pudorosa
ceñida de bienandanza,
como la huri deliciosa
del Eden de la esperanza.

Cruza del Betis la orilla
siendo de hermosas modelo
y de hermosas maravilla;
que ángeles tiene Sevilla
para poblar otro cielo.

Mire yo que sin enojos
cautivas mas corazones
que rayos lanzan tus ojos,
que hechizos tus labios rojos,
que tu talle inspiraciones.

Y de inquietud siempre agena
ostenta en sabrosa calma
del placer la copa llena,
y en tu frente de azucena
de las virtudes la palma.

Quede para mí el lamento
y el fastidio roedor;
y si es grande mi tormento,
sea mayor tu arrobamiento
y tu ventura mayor.

Hoy dichosa y envidiada
como ninguna descuella,
de Hispalis perla preciada,
por los vates alhagada
y aplaudida por las bellas.

La fuente que murmurante
surrea la alfombra odorante
que tapiza el fresco prado,
repite tu nombre amando
para que el aura lo cante.

El aura, que bulliciosa
vierte el ámbar de las flores
besándote cariñosa,
te festeja como á Diosa
y llama á los ruiseñores.

Los ruiseñores trinando
abandonan los jardines,
y tus gracias admirando,
remedan tu acento blando
que absorbe á los serafines.

Los serafines... ¡oh! deja
que acreciente tu loor
ahogando la amarga queja,
que hasta el sueño bienhechor
de mis párpados aleja.

Deja que sin par te aclame
en medio de mi agonía,
y que mi pecho se inflame,
y que mi Musa derrame
en vez de hiel ambrosía.

No atiendas, no, á la tristura
que desprenden mis canciones;
sino á mi sábele ternura,
á la modesta pintura
de tus claras perfecciones.

No faltará quien sonría,
y en alas de estro feliz,
ensalzar quiera á porfía
de tu mejilla el matiz
y de tu voz la armonía.

Dirá que á tus trenzas de oro
tributo el sol ha rendido,
que cada hebra es un tesoro,
lazo que tiende Cupido
para arrancar un «te adoro.»

Espresará en fácil verso
de tu mirada el poder,
que el hielo consigue arder,
y á relar al universo
quizás lograra vencer.

De tu cintura ideal
describirá la elegancia,
y tu boca angelical,
donde el nácar y el coral
despiden rica fragancia.

Tus gentiles ademanes
encomiará en himnos fieles,
que erés, y es justo te ufanes,
Flora para los vergeles,
Venus para los galanes.

Tú acogerás sin tardanza
bajo un iris de bonanza
de su cítara los sonos,
que unirán á la alabanza
del entusiasmo los dones.

Tu aceptarás sublimada
de su mágica poesía
la diadema asimbotada,
como una prenda sagrada
de homenaje y simpatía.

Entonces ¡ay! Magdalena,
acuérdate del que mora
del desengaño en la arena,
arrastrando la cadena
del desden asoladora.

Llanto de sangre derrama
mi corazón. ¿Por qué siente?
¿A qué abrigan viva llama,
si como yo nadie ama,
si la mujer calla ó miente?

¡Ah! Perdona: mi delirio
me justifique ante ti:
¿No es horroroso ¡ay de mí!
que el amor sea mi martirio
por amar con frenesí?

Una vez y otra abrasado,
una vez y otra rendido...
á mi espíritu agitado,
¿dónde hallar le será dado
la fé y vigor que ha perdido?

No olvides, discreta amiga,
que el mísero trovador
sucumbe á suerte enemiga,
sin consuelo y con fatiga,
sin aliento y con clamor.

Si es que alivias mis pesares,
de gratitud daré ejemplo,
y con rosas y azahares
decoraré tus altares
de la amistad en el templo.

José María Ruiz de Somarío.

Santúcar de Barrameda, enero de 1854.

QUESTIONES ANAGRAMATICAS

DE GEOGRAFÍA É HISTORIA.

Hallar en:

NOTAARGAR, una ciudad de España.

DONNSSEAL, un rey godo.

TOOOAAPMMN, una comarca de Africa.

ONANTONSCIT, un célebre emperador romano.

SOLUCIÓN DEL JEROGLÍFICO PUBLICADO EN EL NÚMERO ANTERIOR.

*La presuncion es un molino de viento y los hombres
sus molenderos.*

Director y propietario, D. Angel Fernandez de los Rios.

Madrid.—Imp. del SEMANARIO É ILUSTRACION, á cargo de D. G. Alhambra